

Despedida y debut

Abierta la senda en 1984, a invitación de uno de mis maestros, Miguel Angel Granados Chapa, esta columna ha caminado en escenarios traumáticos del país: del terremoto de 1985 a la apertura total de fronteras; de la privatización de las entidades públicas al rescate de la banca privada; del neoliberalismo a la cuarta transformación.

En sus 35 años de vida el espacio ha mantenido su divisa de independencia, bajo la convicción de que el periodista sirve a la sociedad, no al poder en ninguna de sus facetas, ya sea política, ya sea económica.

En los gajes del oficio, en el avatar de la crítica, las presiones, las amenazas, los intentos de censura se volvieron cotidianos. El precio de la libertad.

Hoy la jornada llega a su fin, ante un nuevo reto, el representar a mi país en el exterior. Sin buscarlo ni pedido, el presidente Andrés Manuel López Obrador tuvo a bien nombrarme embajador ante la Santa Sede, lo que ayer ratificó la unanimidad de los integrantes de la Comisión Permanente del Congreso.

Al anuncio se criticó que careciera de experiencia en el ejercicio diplomático. Es cierto, mi vida profesional se ha desarrollado en la docencia, el periodismo financiero, la divulgación cultural y la escritura de libros.

Se podría alegar que ninguno de los que me han antecedido en el cargo que asumiré con orgullo y emoción por servir a mi país, tenía currícula diplomática. Sin embargo, no usé ni usaré la carta como defensa.

En un escenario envenado por los extremismos, se dice que se trata de una suerte de premio a mi postura ideológica en favor de las mejores causas del país, que hoy, es justo la que enarbola el actual gobierno. Eso que se lo pregunten al Presidente.

Alguna vez, en víspera de la firma del documento final del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, el presidente Carlos Salinas de Gortari me invitó a una gira por Estados Unidos.

La intriga del resto de los invitaos llegó al director de Comunicación Social de la Presidencia, José Carreño Carlón: -Por qué invitan a Barranco siendo crítico del acuerdo mercantil. La respuesta fue la misma: -Pregunten al Presidente.

En mi comparecencia ante la Segunda Comisión de la Permanente reiteraré mi fe católica, pero también mi orientación ecuménica y mis convicciones juaristas.

El laicado del Estado mexicano que ha surgido tras dolorosas guerras civiles no ha sido obstáculo para estrechar coincidencias con el Estado Vaticano; marcar una

agenda común desde el escenario bilateral hacia el multilateral, y el volver permanente una ruta de intercambio cultural.

Agradezco la generosa hospitalidad en este espacio de EL UNIVERSAL por parte de sus directivos y funcionarios: Juan Francisco Ealy Ortíz, Juan Francisco Ealy Lanz Duret, David Aponte y Esteban Román.

Se termina la columna, pero no se agota la tinta. Gracias a usted que nos distinguió con su lectura.

Balance general. Banorte es el banco que hasta hoy más le ha apostado a la adquisición de papeles de deuda de entidades como Petróleos Mexicanos y la Comisión Federal de Electricidad, cuyo aval es el gobierno. El monto alcanza 110 mil millones de pesos. Aun así, la intermediaria encabezada por Carlos Hank González está pactando con Goldman Sachs un derivado de crédito por 15 mil millones de pesos, lo que permitiría extender sus posiciones aprovechando la caída en el valor de costo nominal de los papeles tras la degradación de la calidad crediticia de la petrolera. El instrumento, al que ningún banco mexicano se atreve, implica que si los bonos de deuda no fueran redimidos por la emisora, Goldman Sachs se hace responsable del pago. Banorte amplió su cartera durante la época en que el responsable de ese tipo de apuestas era Guillermo Chávez, quien sostenía que al registrarse los papeles en la Secretaría de Hacienda se garantizaba su amortización. El banco celebrará este mes una reunión de consejeros, a la que acude el presidente Andrés Manuel López Obrador.

COLUMNA DE ENRIQUE CAMPOS SUAREZ. Agosto 08 del 2019

La Reserva Federal bajo el ataque de Donald Trump

Cuando Donald Trump nominó a Jerome Powell como sucesor de Janet Yellen al frente de la Reserva Federal de los Estados Unidos (Fed), seguramente creyó que estaba encargando el banco central a un obediente seguidor suyo. Quizá por eso no se fijó en sus palabras al momento de proponer al senado su ratificación. Dijo que Powell era fuerte, dedicado e inteligente, con la experiencia para conducir un banco central independiente.

El republicano seguro pensó que era parte del montaje cuando Powell le respondió que se comprometía a tomar decisiones objetivas, en la larga tradición de independencia de la política monetaria. El tiempo ha demostrado que Jerome Powell ha estado más cerca de esa tradición de independencia que de los caprichos monetarios del presidente. Trump es uno de esos mandatarios que cree que la economía debe ir como él se la imagina. Y que basta que él lo pida para que sucedan las cosas.

Lo cierto es que hasta hoy ha conseguido mucho de lo que se propone, como por ejemplo calentar la economía por la vía fiscal, con su mayoría legislativa. También, ha logrado doblegar a sus socios comerciales de Norteamérica y Europa, y otras

tantas linduras de corte más autoritario que de estadista. Pero hasta hoy con la Fed se ha topado con pared. Su reclamo es uno: quiere el dólar más barato para mantener sus planes de crecimiento económico. Y más ahora que China, su acérrimo enemigo comercial, le ha recetado un duro revés cambiario en la guerra comercial que ambos libran.

Seguro que lo que más le puede a Donald Trump es que el presidente chino, Xi Jinping, puede con un chasquido tomar una decisión monetaria que el estadounidense está impedido de hacer. Con ese estilo agresivo de atacar como primer recurso negociador, Trump ha mantenido bajo fuego amigo a la Fed. Y cada vez intensifica la frecuencia y la virulencia de sus ataques.

En la pasada reunión del Comité de Mercado Abierto de la Fed, tomaron la decisión de bajar en un cuarto de punto la tasa de interés. Pero lejos de cumplir con el capricho presidencial de bajar las tasas en mayor grado y a mayor velocidad, el mensaje fue de prudencia en ese camino de bajada del costo del dinero. Es por eso que, ahora que se intensifica la guerra comercial y empieza a derivar en una guerra de divisas, Donald Trump explota contra su banco central y dispara con su arma de destrucción masiva favorita: Twitter.

Llega al nivel de decir que China no es su problema, sino la Fed. ¡Qué tal caerá en el mercado que el presidente de Estados Unidos mine a su propio banco central! Los acusa de incompetentes, de testarudos e ignorantes. Quisiera citar a cada uno de los gobernadores del sistema de la Fed para gritonearles y jalarles las orejas en el Salón Oval, pero no puede. Eso lo debe frustrar.

De hecho, cuatro expresidentes de la Fed unieron sus voces para defender la independencia en la toma de decisiones del banco central bajo la batuta de Jerome Powell. Ahí están las firmas de Paul Volcker, Alan Greenspan, Ben Bernanke y Janet Yellen, junto con el mensaje de defender la independencia de la Fed de las presiones políticas de corto plazo. Y ahí está el resto del mercado con el mensaje para el banco central estadounidense de que su verdadero papel es defender a Estados Unidos, pero de la política económica de Donald Trump.